

**PALABRAS DE HOMENAJE Y DESPEDIDA
AL DOCTOR DON PEDRO CAMY
SÁNCHEZ-CAÑETE, CON MOTIVO DE SU
JUBILACIÓN Y ENTREGA DE PLACA
RECORDATORIA DEL ACTO**

30 junio 1979

Carlos Gutiérrez Aguilera
Director Médico del Sanatorio Psiquiátrico «Los Prados»
JAÉN

Sr. decano, señoras, amigos y compañeros:

Nos reunimos hoy aquí para rendir homenaje de despedida de su vida activa a nuestro jubilado —sí que juvenil colega— don PEDRO CAMY SÁNCHEZ-CAÑETE, común amigo y compañero de cuitas, actividades y penurias profesionales.

Nuestro decano del Cuerpo Médico de la Beneficencia Provincial, doctor Comas, me ha comisionado para que sea yo el que dirija estas protocolarias palabras de adiós administrativo al amigo Pedro.

Inicialmente agradecí el encargo y acepté gustoso —y diría que casi orgulloso— esta delegación, pero a la hora de pergeñar unas palabras dirigidas al que fuera nuestro director en los últimos nueve años, me encontré con serias dificultades, al no atinar a ensartar unas palabras o ideas adecuadas y que yo deseaba muy afectuosas. Porque por una doble vía me asaltó, una y otra vez, la emoción del adiós.

Había que optar aquí entre hacer un repaso y análisis de la vida profesional del que se nos va, realizando un balance o recuento de sus méritos psiquiátricos, que ensalzase su figura profesional; o, repasando su «curriculum vitae», para poner de manifiesto la personalidad científica que

ahora perdemos. O bien, exponer la dimensión humana de lo que el paso del doctor Camy ha supuesto entre nosotros, en la lucha psiquiátrica giennense y en el esfuerzo profesional provincial.

Decididamente me apunté por este segundo esquema, porque sus méritos profesionales son conocidos de la mayoría y sus trabajos y publicaciones pueden ser consultados en las revistas en que vieron la luz; hablan por sí mismos y no precisan de mi modesto elogio.



Dr. Pedro Camy Sánchez-Cañete

Opté, pues, como digo, por recoger en mis palabras la estela que la figura humana de Pedro ha dejado entre nosotros y, especialmente, para mí. Y es así cómo por una doble vía me asaltó la nostalgia y la emoción de la despedida.

Piéñese que con él, particularmente yo, he tenido que decir adiós a un seguro, sereno, objetivo y sensato mentor en las lides sanatoriales, tan complicadas, enrevesadas y conflictivas en los tiempos que corren.

Pero ha de tenerse en cuenta también, y para mi personal visión de nuestro amigo, que supuso durante años un pedazo, un jirón de la vida profesional de mi propio padre, Gutiérrez Higuera, con lo que, al despedirlo hoy, me asalta la añoranza de tantas cosas planeadas y realizadas en común entre ambos, y es así como, en el adiós cordial a Pedro, digo también un adiós definitivo e irreversible a mi propio padre, como psiquiatra.

* * *

Pedro Camy, Gutiérrez Higuera y Sanatorio de «Los Prados» han sido, durante tantos años, algo tan estrechamente unido en la ilusión, esfuerzos y planes que, realmente, con la marcha de Pedro Camy, el Sanatorio queda ya decididamente huérfano y dependiente de sus solas y exclusivas fuerzas.

Podría decirse muy bien que el Sanatorio se forjó por ellos y vivió en tanto ellos tuvieron una vida entera y activa, esforzada e ilusionada, habiendo ido decayendo progresivamente, según fue declinando —con el transcurrir de los años— la vitalidad y la ilusión en ambos.

Y esto, que puede sonar a pura figura sentimental o romántica, a simple retórica o a un puro verbalismo metafórico, ha resultado ser prácticamente cierto, al extremo que, desaparecidos ambos de su vida activa, el Sanatorio decae, se mustia y entristece, entra en crisis y la vida en el mismo se reduce a una pura inercia que va a resultar muy difícil reactivar. Y si se consigue alguna vez, no será ya, nunca más, lo que ellos, PEDRO CAMY y GUTIÉRREZ HIGUERAS, programaron y añoraron.

* * *

Pero hemos venido a darle el abrazo de recién jubilado a CAMY, y no al Sanatorio. Indagando, pues, en los entresijos biográficos de este compañero que es PEDRO, podemos descubrir cómo casi directamente del frente de combate vino a caer entre nosotros y supuso, en cierto modo, el apoyo o ayuda profesional de Gutiérrez Higuera, a la sazón conquistado por la vida de la política municipal (lo que le haría abandonar en muy amplia medida y duración su actividad profesional).

El momento —y hablo de 1939— era crucial para la psiquiatría de Jaén; los pacientes acogidos en sombríos y mal preparados conventos, con carencia de todo y en una situación de posguerra, en la que, en lo último en que se pensaba, era en resolver los problemas asistenciales psiquiátricos. Todo lo realizado y avanzado por Gutiérrez Higuera en sus primeros cinco años de actividad profesional (1931-1936) se vino ruidosamente al traste al comienzo de nuestra guerra, y al término de la misma se encontró incluso sin médico que atendiese esta parcela de la medicina.

Otros esforzados compañeros: Antonio Casero, Manuel Choza, el mismo Luis Sagaz, abandonaron ante la negra perspectiva de una especialidad maldita que se realizaba por entonces en los recovecos conventuales, entre pobreza, miseria, hambre y abandono de todos.

Fue en ese 1939 cuando nuestro amigo CAMY apareció entre nosotros para tomar, en cierto modo, el relevo, la antorcha, y enfrentarse de lleno y totalmente en solitario durante bastantes años, con los quehaceres públicos y privados de esta actividad médica. Y durante la década de los 40 actuó prácticamente sólo, luchando en silencio con todas las penurias, contrariedades e insuficiencias de todo tipo, sorteando dificultades, pero realizando una labor psiquiátrica absolutamente eficaz, como si del mejor hospital se hubiese tratado.

Por ese camino, PEDRO CAMY supuso la vanguardia psiquiátrica de Jaén en el difícil decenio de la posguerra. Lastimosamente para él, todo su bagaje de saberes teóricos, cuantioso en lo doctrinal, psiquiátrico y filosófico (una de sus facetas o aficiones más destacadas y poco conocidas por la mayoría), todo su bagaje de saberes, digo, tuvo muy poca oportunidad de aplicarlos.

En principio, porque en los años 40 —en que ejerció sus primeros lances con la especialidad— existía (y aún subsiste hoy en buena proporción) un claro y desalentador divorcio entre el saber teórico de nuestra disciplina y las reales posibilidades terapéuticas.

En segundo lugar, porque si eso era así por entonces en todo el mundo, la actividad psiquiátrica en nuestro ambiente estaba total y radicalmente desasistida por parte de nuestros entes rectores.

Por último, los sinsabores, dificultades, penurias y carencias, incomprendiones y rechazos de todo tipo que el compañero CAMY tuvo que soportar literalmente sólo en las anacrónicas dependencias de un viejo caserón conventual de clausura, primero, y en la Sala del SANTO ROSTRO (del viejo Hospital Provincial de San Juan de Dios), después, debieron ser sin cuento.

El cómo sorteó aquella invencible cantidad de obstáculos asistenciales de todo tipo, ejerciendo una actuación médica especializada eficaz —porque era humanamente imposible que resultase además brillante— es algo que para mí ha permanecido en el mayor de los misterios. Porque a pesar de tenerlo todo en contra consiguió que su labor no fuese rutinaria.

Inició en JAÉN por su mano las técnicas biológicas del cardiazol intravenoso, primero, y del electroschock, después, en el tratamiento de las psicosis endógenas y llevó a cabo impaludizaciones en paráliticos a la vez que ensayaba con interés y publicaba resultados del uso de las hidantoínas, no sólo en las epilepsias, sino incluso en hiperquinesias del tipo del corea menor. Y todo ello sería el punto de partida de comunicaciones y trabajos en revistas científicas, alguno de los cuales resultaría de verdadera categoría nacional, al punto de recibir por una de sus publicaciones un premio a la de mayor interés científico aparecida durante el año.

Sus aportaciones a congresos y revistas sobre aspectos asistenciales globales y sobre formación de personal auxiliar psiquiátrico, han sido leídas y escuchadas con verdadero interés por muchos otros colegas, de lo que soy un buen fedatario.

Con todo ello, su paso por el SERVICIO DE PSIQUIATRÍA DE JAÉN ha dejado una indeleble huella. Ha dedicado al mismo 40 años de su vida profesional activa. Y al servicio de ese Servicio ha dejado una impronta personal fundamentalmente marcada por su constancia, su asiduidad imperturbable, su entereza casi estoica ante la dificultad, la carencia de todo medio, la ausencia de colaboradores durante años, habiendo de hacer casi todo por sí sólo, ayudado —sí— por su envidiable memoria, don que, a buen seguro, le ha sido de inestimable utilidad en las épocas en que, continuos traslados de enfermos y enseres, de edificios y dependencias varias, daban al traste, una y otra vez, en estrecha colaboración con toda suerte de roedores, de los archivos de historias y documentos clínicos.

Gran representante, pues, de lo que es trabajar médicamente frente a todas las adversidades y todas las insuficiencias, debió serle de gran utilidad el hecho de llegar a la Psiquiatría de Jaén casi directamente desde la difícil vida de las trincheras en el campo de batalla. Se adaptó al terreno, a lo que tenía, como buena norma de estrategia militar, la que supo aplicar sin protestas al campo asistencial.

Con pacientes hambrientos, gran profusión de psicosis pelagrosas, faltos de ropa y camas, durmiendo en jergones de paja hasta en huecos de enrevesadas escaleras conventuales, con historias clínicas en papel de estraza (durante alguna época no existió otro), carencia casi total de

medicamentos y con auténtica falta de personal auxiliar. Es así cómo PEDRO CAMY supuso un engranaje, un ejemplar humano de una heroica época asistencial de la que, las nuevas generaciones tan pródigas en críticas y protestas, a la vez que tan parcas en esfuerzos personales y desinterés, no pueden tener la más pálida imagen.

Y todo ello, sin huelgas, que don PEDRO nunca conoció, concibió, ni alentó, y quiero pensar que sin reclamaciones, pataletas ni algaradas.

* * *

Desde los años 50, con la puesta en marcha del nuevo Sanatorio, la actividad de Pedro habría de dar un claro y favorable giro, al verse solicitada y comprometida en el desarrollo, organización y programación asistencial y científica del nuevo Centro. En estrecho «tandem» con Gutiérrez Higuera, éste como promotor desde la Presidencia de la Diputación y Pedro como director accidental del Sanatorio, pusieron en marcha esta obra que, durante años, ha servido de interés, faro y guía a colegas y diputaciones de otras provincias.

PEDRO CAMY se entrega entonces a esta labor con todo su esfuerzo e ilusión, consiguiendo metas y progresos de carácter asistencial que lo dejarán —en los anales de la Psiquiatría científica de nuestra provincia— como uno de los personajes clave en el advenimiento y desarrollo de esta especialidad en Jaén.

* * *

Ha sido así por lo que podemos estimar a CAMY como piedra angular en el parto y los balbucesos de la Psiquiatría científica giennense, eslabón sin cuyo real y eficaz concurso evidentemente las cosas, en nuestro desarrollo como especialidad, no serían lo que ahora son. Es de los hombres de los que puede decirse con verdad que han resultado indispensables, decisivos, porque sin él, sin su esfuerzo y en cierto modo también, sin su sacrificio, no se hubiese conseguido nuestro nivel actual, por malo o insuficiente que éste sea, por criticable, defectuoso o estancado que resulte nuestro estado actual.

Hay que decir aquí y ahora, para su orgullo y satisfacción íntima, que no sólo hizo lo que pudo, sino mucho más. Dio su esfuerzo personal en el silencio, en la modestia de su callada entrega diaria, escondido tras una fachada de pasividad totalmente engañosa, porque tras ella se ocultaba la tenacidad y tozudez en el quehacer diaria y, que a pesar de todos los pesares, siempre terminó haciendo lo que tenía que hacer.

Es así como CAMY culmina tenía una vida profesional, no bajo el signo de relumbrón, sino del de la eficacia en la penumbra y en la dificultad. Vaya con Dios, don PEDRO.

Este Cuerpo Médico de la Beneficencia Provincial de Jaén y estos compañeros del Sanatorio queremos despedirlo hoy con todo el afecto y nostalgia de tantas horas, ilusiones y decepciones compartidas. Y en una simple firma en una placa que ahora le brindamos hemos querido dejar constancia, todos y cada uno de los que en su derredor trabajamos, de nuestra gratitud por su compañerismo, su esfuerzo y por la enseñanza que, de una u otra forma, supuso su vida y su paso entre nosotros. Recíbala, don PEDRO, como un recuerdo que le brindan sus compañeros, al culminar su actividad profesional y como homenaje a una vida transcurrida bajo el signo de la bondad y del callado pero eficaz y constante trabajo diario.

Todos los presentes le deseamos, don PEDRO, sinceramente y de corazón que siga disfrutando largos años de esa salud, vitalidad y juventud espiritual con la que ahora Dios quiere premiarle y que constituyen la auténtica envidia de muchos de nosotros.